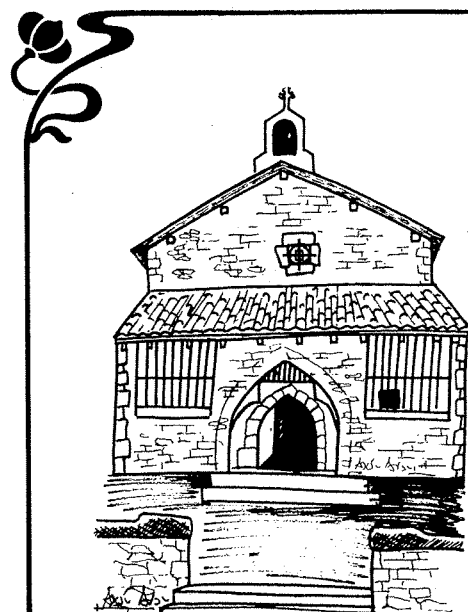


Nuestras iglesias

ARQUITECTURA EN ERMUA (y III)



Ermita de San Lorenzo Mártir.

En la noche romana, un selecto grupo de personas puestas en pie lanzan vivas mientras aplauden emocionadas a un edificio: el Panteón. Finalmente Kracklite, uno de ese grupo, a la sazón arquitecto estadounidense, acaba sus días lanzándose desde lo alto del Monumento a Víctor Manuel, concebido por Sacconi, arquitecto que también se suicidara.

Y es que hubo un tiempo en que la arquitectura provocaba cerradas y largas ovaciones, un tiempo en que la arquitectura era vida y muerte. Peter Greenaway, al realizar «El vientre de un arquitecto», recupera ese tiempo perdido en el que las construcciones se enraizaban profundamente en nuestra historia personal, en nuestro ser.

Sólo la arquitectura religiosa ha conservado ese tiempo perdido. Por las paredes del edificio religioso han deslizado todos nuestros hechos sociales que, traspasados por lo trascendental, adquieren una relevancia tal en las personas que la arquitectura se convierte en portadora de significaciones y matices difícilmente hallables en el resto de las construcciones.

Lo arquitectónico unido a lo social

Todos los pueblos han determinado que hubiese ciertos edificios nimbados por lo mágico, o si se quiere, por lo espiritual y a ellos ha rendido el hombre un culto diferente. El hecho arquitectónico se confunde aquí más que nunca con lo social, lo teofánico y el corazón. Y sólo la arquitectura doméstica, el hogar, posee rasgos semejantes aunque no comparables.

Es sintomático el que Félix de Azúa, al hablar no hace mucho en una crónica periodística sobre su visión de la ciudad de Munich, limitara esta visión a un cementerio: aquel que se «halla cerca del 148 de la Knorrstrasse». Jhon Berger, en «Sur Express», hablaba de París, del París contenido en su cementerio preferido. El cementerio en el que se halla la

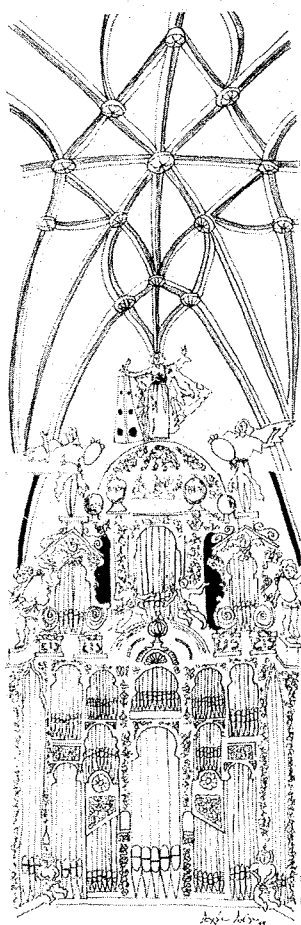
tumba y estatua de un hermoso muchacho cuyo oscuro bronce reluce justo allí donde se hallan sus labios y su sexo. Brillo que han dejado los miles de besos de hombres y mujeres que han acudido hasta él en busca Dios sabe de qué. Villalonga, asiduo visitante del cementerio de Saint Tropez, describe a éste como «un oasis de paz y de olvido, un lugar ideal para meditar y soñar (...) donde he conocido instantes que rozaron la perfección. Esos instantes de hechizo en los que el menos creyente de los hombres se sorprende a sí mismo aceptando la existencia de Dios».

Nuevamente se degusta lo religioso, sea un cementerio o la ventana ajimezada de una iglesia. La posmodernidad está más interesada en lo irracional, lo leve y aleve que en la contundencia, a veces opresora, de un concepto.

El desbordante silencio de las iglesias

Por ello cuando dibujaba o tomaba apuntes en el interior de nuestras iglesias, rodeado sólo por el silencio, por las eternas miradas de los santos y por ese persistente olor a humedad de iglesia, hallable incluso en pleno verano, sentía que toda reflexión había de ser poca y, lo que es peor, vacía y vana. Todo te desborda.





Organo barroco coronado por la imagen de Santa Cecilia y techumbre del coro con nervaduras.

Desborda ese altar mayor de la iglesia parroquial atravesado por seis fabulosas columnas salomónicas, decoradas a lo largo de todo su fuste con banderas, tambores, follaje... Ese retablo entendido como una gran escenografía, una gran puesta en escena en cuya base se colocan los seis evangelistas que rodean a un crucificado ahogado por el dolor, o esos San Pedro y San Pablo escondidos entre la retama de decoración, y luego un Santiago Matamoros, belicoso sin convicción, aunque no así su percherón (ya no blanco sino gris por el polvo), que en sus ojos arremete con furor sobre el infiel.

Encima, los Padres de la Iglesia, grandiosos y hieráticos, con una mirada que no mira, pese a la presencia de una Santísima Trinidad que en perspectiva aérea avanza hacia María, una María que, envuelta por ángeles, gasas y ricos paños, conserva un rostro sonrosado, campechano cual ermutarra del XVIII.

San José, en uno de los altares laterales, posee otro «look» bien distinto. Su rostro posee cierta belleza impersonal e intemporal, casi es un retrato de género; es un San José barroco en el que la línea curva se revuelve sobre sí, acaso confundida ante un Niño Jesús tan pequeño como altivo.

Mucho más tierno es el rostro de la Virgen de enfrente, una talla gótica que perteneció a la Catedral de Colonia. Su cuerpo es grueso, demasiado grueso y los pliegues del sayal son todo menos evanescentes.

«D.O.M. Eivs O. Matri Sanctiss. Dica-vit Lopez Bustinza MDCXIII» es la leyenda que aparece en el pedestal coronando escenas de santos, una Visitación y los donantes (¿acaso nuestro Lopes Bustinza?). El donante mira al espectador y por sus ricos trajes no parece haberle ido del todo mal como criado de S.M. Carlos V.

El órgano posee tal grandiosidad que Dios y Santa Cecilia, junto con la Diputación, han de recabar cuanto sea menester para que aquello suene a música celestial. Palabra.

Nuestro gran Cardenal bien merece poseer eternamente la visión única que ofrece el arte sosegado y silencioso que desde su catafalco le depara la Iglesia. Debíó de ser un hombre probo y campechano como los lugareños de por aquí, a juzgar por ese grueso y resplandeciente rostro envuelto en unas austérrimas vestiduras cardenalicias.

Un retablo renacentista, el de San Lorenzo

La ermita de San Lorenzo Mártir es como todas las ermitas del norte rural. Huele a roble, a tierra húmeda, a hogar; pero también posee todas las chapuzas que les son propias; como un coro des-

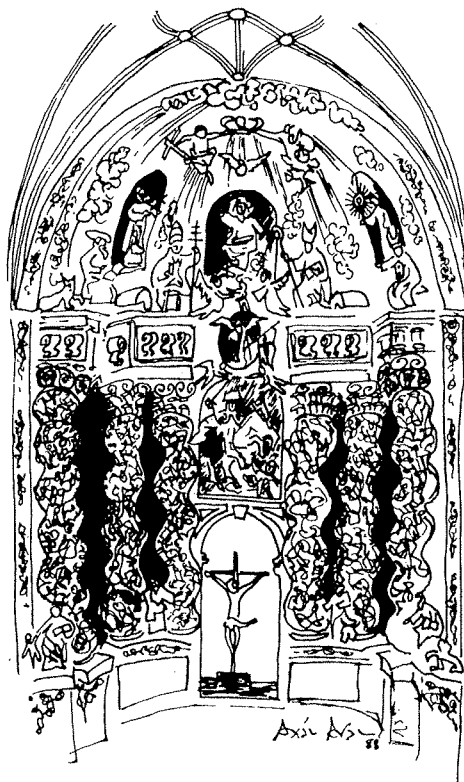
vencijado, paredes repintadas por el mal gusto, un atrio con una caja extraña de cemento a su derecha, una antena en la espadaña y sobre todo un grave deterioro por la polilla de algunos relieves y tallas del retablo mayor. Requieren una atención inmediata. El que avisa no es traidor.

El retablo es renacentista, lo preside un jovencísimo San Lorenzo con casulla, palma y parrilla. Las dos mujeres que le flanquean tienen unos rostros expresivos, algo histriónicos, y logradísimos pliegues en las ropas.

Fin del trayecto. Nos queda un recuerdo; la Torre de Santukua, la Torre de Lobiano, la Ermita de San Pelayo, la de San Sebastián y la de San Antonio, edificios que desaparecieron de nuestra tierra, de los cuales no cabe sino hablar en el recuerdo. Se nos fueron; no sirve lamentarse.

Sólo cabe esperar que, como en el último film de Wim Wenders, «Cielo sobre Berlín», también aquí nos visiten los «ángeles» y «se acerquen a la humanidad, la escuchen, le roben y al mismo tiempo le insuflen pensamientos nuevos... entonces (nuestra historia, la historia de nuestro pueblo) será una historia de gigantes»...

BUXAN BRAN



Retablo mayor de la Iglesia Parroquial de Santiago Apóstol.

Retablo de la ermita de San Lorenzo.